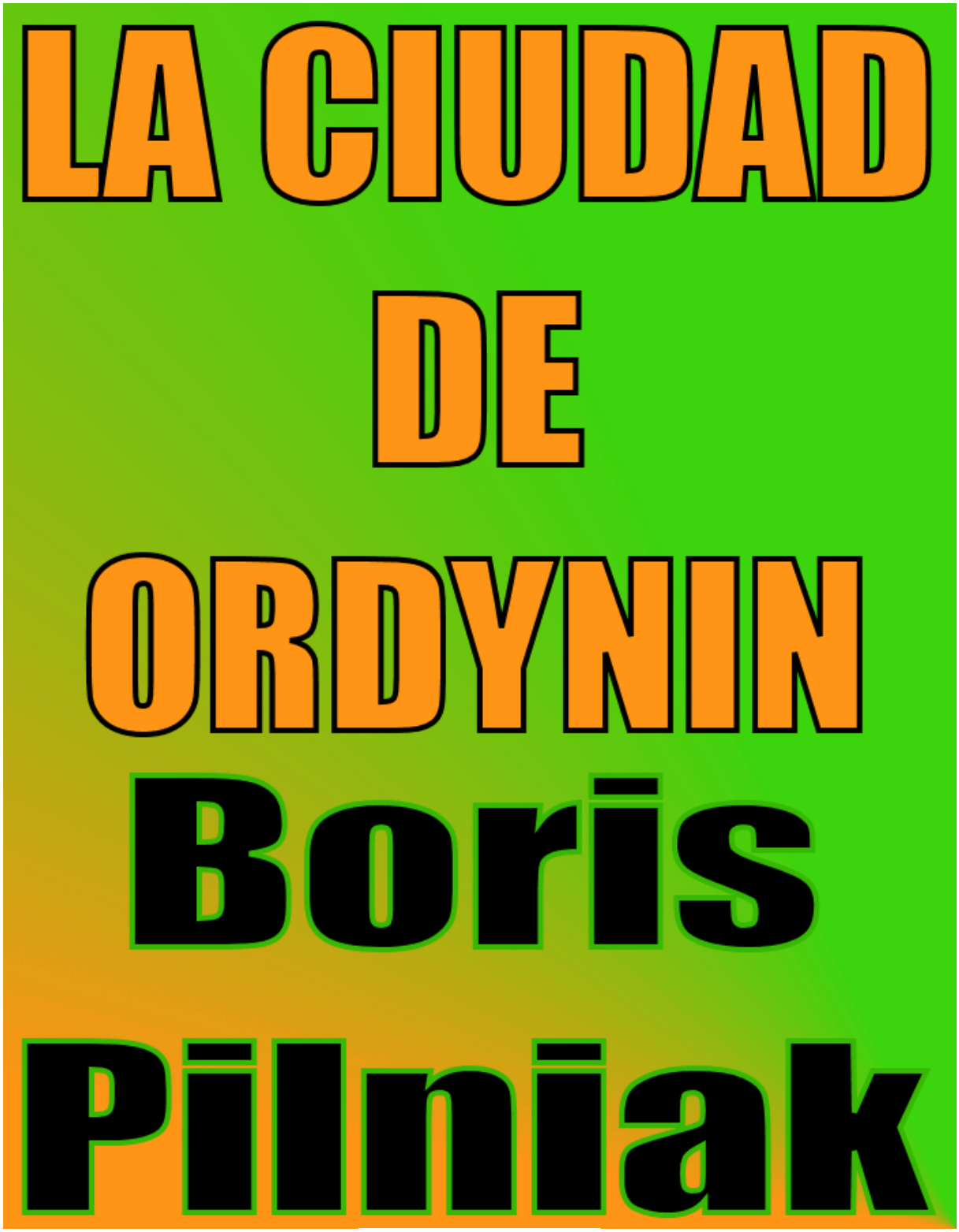
LIBRO dot.com



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

En la puerta principal del Kremlin de la ciudad estaba escrito (ahora la inscripción ha desaparecido):

¡Guarda, Señor, esta ciudad
y a sus moradores,
y bendice a quienes
crucen esta puerta!

Y he aquí el fragmento de la deliberación del Consejo de Procuradores de Ordynin:

Lunes, 7 de enero de 1794. En presencia del Consejo de Procuradores de Ordynin, los presentes señores se reunieron a las doce del día:

Dementy Ratchin, alcalde de la ciudad.

Consejeros municipales: Semion Tulinov y Stepan Ilin.

Stepan Ziabrov, *starosta* de la ciudad.

Después de haber oído...

Decidieron: agradecer y honrar al alcalde de la ciudad, hombre ilustre y probo.

Firmaron...

Salieron del Consejo a las dos de la tarde y se dirigieron a la catedral a rezar.

Ese documento fue escrito exactamente cien años antes del nacimiento de Donat, y éste lo encontró cuando saqueó los archivos de Ordynin. El acuerdo estaba escrito sobre un papel azul, con pluma de oca y con letras rebuscadamente adornadas.

La historia de la ilustre familia de comerciantes Ratchín contaba doscientos años. Éstos habían obtenido primero el monopolio de la sal, después comerciaron con harina y ganado; doscientos años (bisabuelo, abuelo, padre, hijo, nieto, bisnieto) sin moverse del mismo lugar, en la lonja de la sal (hoy destruida) y en su tienda de la Plaza del Mercado (hoy Plaza Roja); todos los días se apostaban tras el mostrador, movían las cuentas del ábaco, jugaban a las damas, bebían té del samovar (para después regar el que sobraba en el suelo), recibían a los clientes y maltrataban a los dependientes...

Iván Emilianovich Ratchín, bisnieto de Dementy y padre de Donat, era hace cuarenta años un joven de pelo rizado cuando lo colocaron tras el mostrador; a partir de entonces cambiaron muchas cosas; enflaqueció, se quedó calvo, tuvo necesidad de usar lentes, comenzó a caminar apoyado en un bastón, sin quitarse jamás una levita forrada y una gorra igualmente forrada. Había nacido en la casa familiar de dos pisos situada detrás de la tienda, cuya entrada estaba custodiada por dos perros de piedra; a ese lugar había llevado a la esposa, de allí habían sacado el ataúd de su padre; en ese lugar era el amo.

En el Kremlin había edilicios públicos e iglesias; abajo del Kremlin, en lo hondo de un barranco, corría el Volga; más allá del Volga se extendían las praderas, el barrio de Iamskaia (en esa época el ferrocarril pasaba a cien, verstas de distancia) y el monasterio de Redenev. Día y noche, cada cinco minutos, el reloj daba la hora: ¡Don! ¡Don! ¡Don! Los primeros en despertar en el Kremlin eran los gansos (en el Kremlin no se criaban cerdos porque las calles estaban adoquinadas). Poco después de los gansos, aparecían los borrachos del mesón, los mendigos, los "inocentes". Los policías se dirigían hacia la jefatura llevando sobre la cabeza unas mesas, porque el gobernador había publicado un decreto para toda la provincia, ordenando que los agentes de policía hicieran rondas todas las noches y firmaran, como comprobante, unos registros que mandó pegar en las mesas de las garitas. Pero los policías firmaban por las mañanas y no durante la noche, y no en las garitas sino en la comisaría a la cual se hacían llevar las mesas. Se permitía de mala gana que la gente transitara por las calles durante la noche. Y si un cabo medio dormido gritaba: "¿Quién anda ahí?", era necesario responder inmediatamente: "¡Un vecino de la ciudad!"

En los puestos de policía y en la comisaría golpeaban a los detenidos, especialmente a los borrachos, de una manera brutal. El cabo Babotchkin había llegado a convertirse en un especialista famoso en el ejercicio de esa profesión.

Los habitantes del lugar se reunían muy temprano ante el despacho del Monopolio de Alcohol, se sentaban en el suelo, sobre la yerba, y esperaban con paciencia a que abrieran. Cuando los comerciantes pasaban frente a ese local no dejaban de persignarse. El padre Leskoiev volvía también muy temprano del río con sus cañas de pescar. Caminaba con paso presuroso, con las llaves en la mano para abrir la tienda diocesana situada en el mercado. El devoto Leskoiev era un hombre respetado, el único defecto que se le conocía era que en verano sus bolsillos rebosaban de lombrices, resultado de su pasión por la pesca (lo que le valió ser denunciado ante el obispo por el poeta y delator Variguín). El borracho Ogoniok el Clásico le gritaba siempre:

-¡Ilustrísimo señor!... ¿Puedes tú comprenderme?- pero el reverendo que corría apresuradamente, no respondía sino con un vago gesto.

E inmediatamente después de la aparición del eclesiástico, salía por la puerta del jardín el profesor Blamanjov, en uniforme de tela blanca, sombrero y chanclos, quien seguía los pasos del padre Leskoiev hasta su tienda para tomar el té a su lado y conversar un buen rato. Ogoniok el Clásico se dirigía hacia él con paso seguro y le decía:

-¡Ilustrísimo señor!, generoso señor... ¿Puedes tú comprenderme? Es Ogoniok el Clásico quien te habla... Blamanjov le daba diez copeicas. Blamanjov se había hecho célebre por dos cosas: por sus clases de geografía y por su mujer, la cual asistía a la iglesia con una diadema colocada entre su rala pelambre y ramoneaba desnuda por su casa; durante el verano y el otoño vendía la fruta de su huerto desde la ventana de la cocina con sólo un camisón encima.

Aparecía también el luchador Truscov, quien se echaba entre pecho y espalda dos o tres vasos de vodka en el mostrador del expendio de alcohol. Algunos comerciantes de poca monta y buhoneros entraban un momento de paso al mercado. Los borrachos compraban sus botellas y después desaparecían. Algunos cocheros, sentados en su pescante con aspecto de estar a punto de caerse del sueño detenían los caballos para beber un trago.

Y sobre la ciudad aparecía el sol, siempre hermoso, siempre extraordinario. Sobre la tierra, sobre la ciudad, transcurrían las primaveras, los otoños y los inviernos, hermosos siempre, siempre extraordinarios.

Todas las primaveras las viejas y los niños salían en peregrinación al convento de Nikolai Radovenets, a rezarle a la Virgen de Kazán; escuchaban los sermones y añoraban el pasado. En otoño, en los días invernales, sobre todo después de la Pascua, se ponían en actividad las casamenteras, hacían posible que los novios se encontraran con las novias, los mercaderes con las esposas de los soldados y las viudas con sus pretendientes; los empleados de correo visitaban a sus prometidas y conversaban con ellas de literatura y de geografía: la novia decía que prefería al poeta Lagertchnikov y el novio declaraba preferir al novelista Nadson; después, la conversación languidecía y el novio hacía entonces algunas preguntas para orientar la conversación hacia la geografía: la novia afirmaba haber ido al convento de Nikolai Radovenets, y el novio hablaba de Varsovia y Liubán donde había hecho el servicio militar. En la ciudad se celebraban las fiestas de san Nicolás, san Pedro y el carnaval. Se organizaban ferias; llegaban los titiriteros, los prestidigitadores y los acróbatas, se instalaban barracas para las marionetas; los artistas distribuían personalmente los programas, y, después de la feria, los comerciantes iban a consultar en secreto al doctor Eleazarich. Durante el invierno era costumbre tomar el baño todos los sábados en el establecimiento de Vodopoischik, quien había construido un pasadizo de madera desde las calderas hasta el río, y allí, en un agujero abierto en el hielo, los mercaderes, después de haberse puesto a cocer en el vapor y de correr a toda velocidad se daban uno o dos chapuzones. Los domingos de invierno se organizaban encuentros de box donde los habitantes de Iamskaia se daban de golpes con los de Redenev; comenzaban los chicos y terminaban peleando los mayores, lo que no

impedía que por la noche los comerciantes se deslizaran en trineos hasta el barrio de Iamskaia para divertirse con las gitanas y así multiplicar el número de gitanillos rubios. La noche de Navidad no comían sino hasta después de pasada la media noche; el primer día del año glorificaban a Cristo y escuchaban largos sermones; la noche de Reyes pintaban con tiza cruces en las puertas de todas las casas.

Los acontecimientos en la ciudad eran escasos y, los que ocurrían, eran de esta especie:

Michka Svelev, hijo del carpintero, e Ipolit, hijo del encargado de cobrar los impuestos, estaban jugando con un ratón al que tenían amarrado por la cola cuando pasó por la calle el loco Ermil, el tuerto, que vivía del otro lado del río y al ver aquel espectáculo comenzó a arrojar piedras contra las ventanas. Entonces Svelev, el carpintero, se lanzó contra el orate con una hoz en la mano; el loco le quitó la hoz y amenazó con ella a los bomberos, quienes llegaron para tratar de instaurar el orden y finalmente huyeron; sólo el cabo Babotchkin había logrado dominar la situación. Michka fue castigado con abundancia de azotes durante tres días consecutivos.

Cuando se presentaban esos acontecimientos, toda la ciudad hablaba de ellos durante medio año. Una vez cada par de años los presos se escapaban de la cárcel municipal y entonces comenzaba una cacería que tenía por escenario a toda la ciudad.

Junto a la lonja de la sal, en la plaza del mercado, no lejos de la tienda episcopal, había una casucha, el único lugar en que se vendían libros, y que tenía el siguiente letrero:

COMPRA Y VENTA
de manuales escolares, tinta, plumas,
lápices, ediciones periódicas y
artículos de oficina.
PROPIETARIO: A.V. VARIGUÍN

Bajo el icono de los cuarenta santísimos mártires, en el mercado, estaba situada la tienda diocesana. Ante el icono del mercado se celebraban tantas misas cuantos eran los comerciantes del lugar, los días en que cada uno de ellos celebraba su onomástico. En aquella tienda los iconos no se compraban sino que se adquirían por medio de operaciones de trueque: el cliente compraba una gorra nueva con algunas monedas de plata y cambiaba aquella gorra por el icono elegido. Las gorras eran para los seminaristas. El reverendo Leskoiev atendía el negocio diocesano, y, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, soñaba con crear una fraternidad de pescadores; se veía resolver en medio de una reunión general un problema que le obsesionaba desde hacía tiempo: ¿cómo inmovilizar en el agua las barcas de los pescadores?, ¿con una piedra, con el ancla o por medio de amarras? En aquella tienda se jugaba a las damas; allí se reunían los intelectuales de la localidad: el profesor Blamanjov y el librero Variguín. El círculo mercantil se encontraba, en cambio, en casa de Ziabrov, el comerciante en jabón, a quien nada divertía tanto como humillar al prójimo. En ese círculo se reunían los abogados con los falsos testigos (la palabra y la acción); los abogados escribían cláusulas y los otros testimoniaban sobre todo lo que se les pedía. Por entre las barracas y puestos merodeaban infinidad de mendigos e "inocentes". Ziabrov se divertía con ellos: en invierno embadurnaba de saliva una moneda de cobre y luego la ponía sobre una losa de piedra para que quedase pegada al suelo y obligaba a los mendigos a levantarla con los dientes; en verano ofrecía una moneda de diez copeicas a quien se bebiera un cubo de agua (Tiga-Goga, el idiota, lo hacía), o bien organizaba carreras de mendigos. Ziabrov se divertía también jugándole bromas pesadas a los transeúntes: sacaba a la calle un reloj atado con un hilo, o dejaba como por descuido cajas de bombones que contenían unas veces cucarachas, otras ratones muertos. Los tendajones del mercado eran oscuros, húmedos, desprendían un olor a ratas, a pieles a medio curtir y a arenques rancios.

Iván Emilianovich Ratchín, alto, reseco, con la gorra calada hasta las orejas, llegaba a su tienda a las siete menos cinco, abría ruidosamente la cerradura y enseñaba a los dependientes y aprendices los secretos del oficio; en presencia de los clientes era necesario utilizar ciertas palabras convencionales que éstos no pudieran comprender.

Era necesario abrir la puerta a los clientes y cerrarla tan pronto como hubieran entrado: ¡El que no toma falsas medidas y no engaña, no vende!

Iván Emilianovich se retiraba a su oficina, hacía cálculos con el ábaco, leía la Biblia, llamaba a los dependientes culpables de alguna falta (para los aprendices no era menester que hubieran incurrido en falta alguna) y bajo la lamparilla permanentemente encendida les administraba los castigos pertinentes según la gravedad del delito, a veces con una fusta de dos correas, otras con una de correas múltiples. A las doce les daba cinco copeicas a los empleados y tres a los aprendices para pagar la comida, y se iba a la tienda del padre Leskoiev a jugar a las damas, a diez copeicas la partida... y en silencio les ganaba a todos. Detestaba la maledicencia. Hablaba con los clientes en tono severo, y sólo con los más importantes.

A las siete y media se cerraba el mercado; y, a las ocho, deambulaban los perros entre los callejones. A las nueve, la ciudad dormía, y a la pregunta: "¿Quién anda ahí?", era necesario responder: "¡Un vecino del lugar!"

En casa de Iván Emilianovich Ratchín, tras los perros de piedra que custodiaban la puerta, era de rigor el silencio, y sólo por la noche se oía, procedente del sótano donde vivían los dependientes y aprendices, un canto sofocado de salmos y versículos. En la casa se quedaban en depósito las chaquetas y botines de los dependientes y los pantalones de los aprendices (para evitar que escaparan de noche) y el propio Iván Ratchín dirigía el coro, empuñando la varilla que durante el día le servía para corregir a su personal. En el sótano las ventanas tenían rejas de hierro, no había lámparas y la única luz procedía de la veladora que ardía perpetuamente ante el icono. En la cena, Iván Emilianovich presidía la mesa, cortaba personalmente la carne salada y la echaba en la sopa de coles; él era el primero que metía su cuchara de madera en la sopa común; con esa cuchara golpeaba en la frente a quien bostezara; sólo se podía comer la carne cuando él daba la orden:

-¡A comer se ha dicho!

A Iván Emilianovich se le conocía tanto en su casa como en su comercio con el nombre de el Papá. Todos vivían según el proverbio que dice: "El Papá lo observa todo y todo lo enmendará". Iván Emilianovich estaba casado con una mujer enorme que leía el destino de las personas en los posos de café; pero no se acostaba con ella, sino con Machuja, el ama de llaves. Antes de dormir, Iván Emilianovich rezaba durante largo rato en su sofocante dormitorio; rezaba por su comercio, por los hijos, los muertos, los navegantes y los viajeros; recitaba salmos. Dormía poco y con sueño ligero, como todos los viejos. Se levantaba antes que los demás, prendía una vela, volvía a rezar, daba órdenes, bebía té y se iba a la tienda de donde no volvía en todo el día. En casa se estaba mejor cuando él se ausentaba, tal vez porque esto ocurría siempre durante el día. Tan pronto cerraba las puertas tras él aparecían, salidas de todos los rincones de la casa, un tropel de viejas devotas mantenidas y toleradas por la familia. Todos los sábados, después de vísperas, Iván Emilianovich azotaba concienzudamente a su hijo Donat. En Navidad y en Pascua llegaban los huéspedes; los parientes se reunían el 24 de junio, después de la ebria noche de san Juan, día del santo de Iván Emilianovich, ese día se ofrecía en el patio una comida a los mendigos de la ciudad. El Domingo de Pasión, dependientes y aprendices se arrodillaban a los pies del amo, y él le decía a cada uno:

-¡Abre bien la boca, sopla! -y trataba de descubrir algún tufo de vodka.

Así, entre la casa, el negocio, la Biblia, los azotes, la mujer y Machuja, pasaron cuarenta años. Así fue cada día, así fue durante cuarenta años, y todo ello se entretejió con la vida, entró en ella, como una vez había entrado la mujer y habían llegado los hijos, como había salido el padre y había comenzado la vejez.

Desde su nacimiento, Donat, el hijo de Iván Emilianovich, había sido un niño hermoso y fuerte. Durante la infancia lo había tenido todo: muñecos, animales domésticos, baños en el río, cometas, pichones, cepos para cazar pájaros, patines de hielo.., todo eso lo tuvo durante los días en que debido a su corta edad nadie advertía su existencia. Pero hacia los quince años su padre reparó en él, ordenó que le hicieran nuevas botas, gorra y pantalones, le prohibió salir de casa salvo para ir a la escuela y a la iglesia, revisaba personalmente su caligrafía, que deseaba impecable, y los sábados lo azotaba con celo. Donat era a los quince años un muchacho alto de hermosa cabellera rizada. El corazón de Donat había sido creado para el amor. En la escuela el profesor Blamanjov lo obligaba, como a los demás alumnos, a viajar por el mapa: Jerusalén, Tokio (por mar y tierra), Buenos Aires, Nueva York; a enumerar paralelos y meridianos, a describir las ciudades, los hombres, la naturaleza. En la escuela, a decir verdad, no se enseñaba sino geografía y ni siquiera era aquello geografía sino itinerarios turísticos. Blamanjov encargaba, por ejemplo, estudiar de un día para otro un viaje por Yorkshire. En esos días floreció el primer amor de Donat, maravilloso y extraordinario como todo primer amor. Donat se enamoró de Nastia, la sirvienta, una muchacha tranquila de ojos negros. Donat entraba por las noches en la cocina para estudiar allí con fervor una *Vida de santos ilustres.* Nastia se sentaba frente a él, apoyaba en las manos su cabeza envuelta en un pañuelo negro y lo oía con unción. Donat leía devotamente y su alma se inflamaba. No se podía salir de casa, pero durante la Cuaresma observaban el ayuno e iban todas las noches a la iglesia. Era un abril transparente, los arroyuelos corrían con estruendo, los pájaros se afanaban construyendo sus nidos, el crepúsculo transcurría lentamente, se oía el eco del tañido de las campanas cuaresmales; y, al anochecer, sumidos en una especie de ensueño primaveral, cogidos de la mano, recorrían las iglesias (porque en Ordynin había veintisiete iglesias), no hablaban, sólo sentían, sentían únicamente su inmensa felicidad. Pero también el profesor Blamanjov asistía por las noches a los servicios religiosos y en uno de ellos vio a Donat con Nastia, lo comentó con el padre Leskoiev y éste, a su vez, previno a Iván Emilianovich. Iván Emilianovich llamó a Donat y a Nastia, le levantó la falda y ordenó al dependiente principal azotar (en presencia de Donat) a Nastia con el fuete de varias correas; luego (en presencia de Nastia) hizo que Donat se bajara los pantalones y lo fustigó de mano propia. Esa misma tarde despidió a Nastia, la envió a la aldea, y mandó a Machuja a pasar la noche con Donat. El profesor obligó al día siguiente a Donat a que viajara por el Tíbet hasta llegar a la celda del Dalai-Lama y le puso la calificación más baja por no saber que los europeos nunca son admitidos en presencia del Dalai-Lama. Aquella Cuaresma, sus crepúsculos, el tañido de las campanas, los ojos serenos de Nastia, quedaron para siempre grabados en la vida de Donat; los recordó siempre como lo más bello que hubiera conocido.

Los dependientes le enseñaron poco después a escapar por la noche a través de una ventana cuyas rejas habían sido segadas y llegar, evitando cruzar la ciudad, al barrio de Iamskaia para beber vodka en el Europa. Comenzó a acompañar al padre a la tienda. Los días de fiesta se engalanaba, iba a pasear a la Bolschoia Moskovskaia, e hizo amistad con un monje del monasterio de Beloborski, el padre Pimen. En verano, muy de mañana, iban a nadar juntos al pequeño lago del monasterio, paseaban por el parque, y luego, en la celda, adornada con cruces e iconos, con un cactus sembrado en un tiesto y una jaula de canarios, bebían licor de frutas. El padre Pimen le hablaba de sus devotos y le leía poemas picarescos que él mismo componía en eslavo esclesiástico. A veces se les unían otros monjes, y entonces se dirigían a un lugar escondido en el campanario de Marina, enviaban a algún chico a comprar vodka y allí cantaban hasta desgañitarse canciones escolares indecentes, entonadas con la música del réquiem. Algunas noches, el padre Pimen se ponía una capa de estudiante y se iba con Donat al circo. El monasterio era antiguo, con capillas hundidas en el suelo, muros vigorosos, viejos campanarios... y Pimen le contaba a Donat las antiguas leyendas de Ordynin. Pimen le hizo conocer después a la Urivaieva. Durante las insomnes noches de junio, Donat escalaba la tapia con una botella de vodka bajo el brazo y se iba a reunir con la viuda del usurero millonario Urivaiev; los comerciantes la habían expulsado de la ciudad y la

tenían sometida a tutela permanente. Golpeaba ligeramente los cristales y luego entraba en el dormitorio de la viuda y se dirigía decididamente al lecho matrimonial. Se amaban con pasión, hablaban, se odiaban, se maldecían. El usurero Urivaiev se había casado con Olenka cuando ésta tenía diecisiete años y él pasaba ya de los setenta, para ponerla luego a disposición de los monjes más disolutos; había extirpado todo lo que había de natural en ella, y al morir había recomendado en su testamento que la mantuvieran bajo tutela como a una menor de edad. La hermosa Urivaieva se había convertido en una alcohólica, en una histérica: la ciudad la perseguía, la había sepultado viva... Pero tampoco aquel último amor de Donat tuvo larga duración, esa vez el espía fue el poeta y delator A. V. Variguín, quien escribió su denuncia en verso.

¿Quién sabe?

¿Quién sabe lo que hubiera sido de Donat?

En 1914, durante los meses de junio y julio, ardieron en rojos incendios los bosques y las praderas de los alrededores; el sol surgía y se ocultaba como un disco rojo; la población languidecía, se sentía sofocar.

En 1914 estalló la guerra, y, después, en 1917, la revolución. En la antigua ciudad concentraban a los hombres, les enseñaban el oficio de matar y los enviaban a los pantanos de Bieloviejska, a Galitzia, a los Cárpatos. En Ordynin, el pueblo entero acompañó a los primeros soldados hasta el barrio de Iamskaia. El primer caído en la ciudad fue Ogoniok el Clásico, el borracho honesto, el estudiante fracasado, quien al ahorcarse dejó el siguiente mensaje: "Muero porque no puedo vivir sin vodka. ¡Ciudadanos, camaradas de la nueva aurora! Cuando una clase ha sobrevivido a sus posibilidades no le queda sino esperar la muerte, y entonces es preferible morir por propia voluntad. ¡Sé que muero en el alba de una nueva aurora!"

Ogoniok el Clásico murió antes de que llegara esa nueva aurora.

En 1916 construyeron la línea ferroviaria que llegó hasta la fábrica y dejó a un lado la ciudad; fue la última vez que los mercaderes, "esos padres de la ciudad", pudieron todavía hacer una de sus clásicas triquiñuelas. Los ingenieros, en efecto, habían invitado a la ciudad a cooperar en los gastos del ferrocarril y los padres de la ciudad se pusieron inmediatamente de acuerdo en apoyar el proyecto, pero proporcionaron una cantidad tan ridículamente exigua que los ingenieros decidieron instalar la estación a diez verstas de la ciudad, al lado de la fábrica. Los trenes corrían endemoniadamente ante Ordynin; sin embargo los vecinos del lugar festejaron con júbilo la llegada del primer tren; fueron en masa hasta la orilla del Volga; los chiquillos, para poder verlo mejor, se subieron a los árboles y a los tejados. El primer tren que se detuvo en la ciudad misma de Ordynin fue un tren revolucionario. En él regresó Donat, colmado de recuerdos (de malos recuerdos) de su adolescencia, rebosante de odio y de energía. Donat desconocía el porvenir, pero conocía el pasado y quería destruirlo. Donat había vuelto para crear; odiaba el pasado. Donat no puso un pie en casa de su padre.

En la vieja ciudad, en el Kremlin, hubo manifestaciones con banderas, el pueblo cantaba canciones revolucionarias, canciones rojas, y salía a la calle a las horas en que antes aquella ciudad de mercaderes y monasterios, con sus iglesias, sus campanarios, sus calles adoquinadas, dormía profundamente, a las horas en que antes la vida dejaba sentir su propio peso tras las altas paredes de piedra y las puertas custodiadas por mastines, aunque fueran de piedra. En torno a la ciudad de Ordynin se extendían los bosques, y en los bosques los guerrilleros incendiaban los palacios de sus antiguos verdugos; de esos mismos bosques llegaban a la ciudad los campesinos con sacos de provisiones y trigo.

La casa del comerciante Ratchín fue requisada por la guardia roja. Donat se instaló en la casa de Blamanjov y a donde quiera que fuese salía armado. Donat seguía teniendo la hermosa cabellera rizada de su adolescencia, pero sus ojos centelleaban ahora de pasión y odio. Las barracas, puestos y tendajones del mercado fueron destruidos. Las ratas salieron por millares de abajo de los entarimados; en los sótanos encontraron tocino almacenado a medio

podrir, y también cráneos y esqueletos humanos. Todas las barracas del mercado fueron demolidas por orden de Donat, y en su lugar comenzó a construirse una Casa del Pueblo.

Esto es todo.

Aunque hay también otras cosas (¡y el que quiera comprobar su existencia puede ir a verlas!). Todos los días a las siete menos cuarto, ante el nuevo edificio de la Casa del Pueblo, precisamente en el sitio donde en otra época se encontraba la tienda Ratchín e Hijo, llega un viejo decrépito de lentes redondos y gorra calada hasta las orejas; camina apoyado en un bastón; se sienta en el borde de una piedra y permanece inmóvil todo el día, hasta las siete y media de la noche. Es Iván Emilianovich Ratchín, el bisnieto de Dementy, el padre de Donat el revolucionario.

En la ciudad reina el hambre; en la ciudad hay dolor y alegría. En la ciudad desfilan primaveras, otoños e inviernos. A lo largo de la nueva carretera acampan muchos hombres, y a su lado la viruela y el tifo. Sobre la puerta del Kremlin ya no existe aquella vieja inscripción:

¡Guarda, Señor, esta ciudad
y a sus moradores,
y bendice a quienes
crucen esta puerta!

En la ciudad no sólo había habido comerciantes; al lado de ellos vivían los nobles, los burgueses y la plebe; la ciudad se encontraba a. mil verstas de cualquier otro lugar, en la región del Kama; y a la ciudad llegaron un día los blancos.

En crónicas oscuras se describe de esta manera a las tierras de Ordynin: "La ciudad de Ordynin es de piedra; sus tierras son ricas en piedras que arden y también en imanes que atraen al hierro." Por eso en las afueras de Ordynin surgió una fábrica metalúrgica. En las tierras de Ordynin se suceden valles, barrancos, estanques, lagos, bosques, pantanos, campos, un amplio cielo y estrechos caminos vecinales. El cielo es sombrío y se recubre de espesas nubes negras. A veces el bosque se lamenta y gime; otras, arde. Los caminos vecinales serpentean sin principio ni fin; y para el hombre es una calamidad transitarlos, querría encontrar senderos más rectos; a veces se confunde, y cuando llega a advertirlo se encuentra en el punto mismo de partida... Dos hileras de árboles bordean el camino, todo lo demás es el trigal inabarcable, la nieve, el bosque sin principio ni fin. Hay quienes siguen esos caminos cantando tristemente. La ciudad de Ordynin había nacido de ellos, con ellos, para ellos.

En su obra titulada *Historia de la Gran Rusia, de la religión y de la revolución*, el cronista Silvester, arzobispo de Ordynin, dice lo siguiente sobre los vecinos de Ordynin:

Vivían en los bosques como fieras, comían cosas impuras, juraban delante de sus padres y de sus esposas; desconocían el matrimonio, pero durante algunos días organizaban juegos paganos entre las aldeas; se reunían para jugar, bailar y efectuar toda clase de pases demoniacos; robaban algunas doncellas y en seguida se entendían con ellas; tenían dos mujeres, tres inclusive; si alguien moría, honraban su memoria con una gran comida y encendían una hoguera para incinerar el cadáver; recogían los huesos, los metían en un recipiente y lo dejaban al borde de un camino. Y todo eso sucede todavía.

Ahora ruge la tormenta; ésta es su canción aterrorizadora:

¡Shuuuu-ia, shuuuu-ia!
¡Gfi-uu, gauu, gfiuuuu, gfiuuu, gauuu!

Y:

¡Glav-bum. Glav-buuummm...
Gu-vus, guuuvuuuussss...

Shuuuu-ia, gfi-uuu...
Glav-buuuummmm...!

Y:...

Librodot